



Revisitando la transferencia: lo singular de la interpretación¹

M. C. Rodríguez-Rendo

Psicoanalista, Madrid.

Desearía a lo largo de ésta presentación articular algunas ideas que a veces se nos quedan en el baúl de los recuerdos. Si consigo desempolvarlas y transmitir mi preocupación por recuperar nociones denostadas, por recuperar la sangre silenciosa de la pulsión de vida que lucha contra el bostezo depresivo e inerte de éstos tiempos; si lo consigo, al final de ésta tarde podré decir: tarea cumplida.

En relación con el título que nos convoca formularé tres preguntas que marcan los ejes de éste texto: ¿Por qué visitar la transferencia?. ¿Acaso la interpretación no debería ser siempre singular?. ¿Existe una división entre psicoterapia y psicoanálisis desde la función del analista y desde la escucha de lo inconsciente? Y en caso de respondernos, haría una 4ª ¿qué hacemos con éstos conceptos?

REVISITAR LA TRANSFERENCIA, puede ser un movimiento obligado ante la llegada a nuestras consultas de un cierto tipo de pacientes con serias dificultades para el trabajo asociativo, a veces, con la casi imposibilidad de recordar su infancia y en cuyos discursos el presente impone a la demanda la búsqueda de una inmediatez en la resolución de algo que no siempre es identificado como conflicto; sino como un dolor insostenible que pide “que se le quite”.

Hago referencia a esos casos donde falta la subjetivación de una dolencia que aún no ha encontrado el sitio para enunciarse como conflictiva, ya que éste recorrido deberá formar parte, de una pregunta al otro, al analista sobre el grado de compromiso con su malestar.

Hasta que ese paso sea dado por el paciente, podríamos decir que el malestar, cae del lado del analista; que tendrá que abrir una historia con el otro estableciendo un vínculo que ignora si podrá devenir transferencia. Podríamos decir que es allí donde el malestar del analista se transforma en oficio.

CAJA DE HERRAMIENTAS

Sabemos que mientras intentamos transformar la queja en demanda de análisis, ésta misma demanda pueda virar a la queja y la queja tornarse reclamación. En medio de ese trasiego, tal vez el paciente formule con más claridad lo que quiere, pero esto no debería hacernos olvidar que la presencia del analista convoca a la memoria del cuerpo.

En una ocasión recordaba el profesor Laín Entralgo que “Más de una vez se ha dicho que los diccionarios son cementerios de palabras, fríos depósitos de cadáveres verbales... el diccionario para saber... La convivencia para conocer... Quien habla, otorga carne, nervios,

¹ Presentado en las Jornadas de la AMPP. “Lo inconsciente y su interpretación en la psicoterapia psicoanalítica y el psicoanálisis.” Madrid, 4 de junio del 2005.



piel y vida a los huesos sobre el que ese hablar suyo se funda..." (Laín Entralgo, 1981).

Por esto decía que la condición del buen escritor o del buen hablante era según él, esta sentencia: "Nada sin el diccionario; nada con sólo el diccionario". En el lugar en el que Laín pone al diccionario, yo pondría la teoría psicoanalítica, y diría: Nada sin la teoría; nada con sólo la teoría.

Cuando el paciente habla, otorga, como decía Laín "carne, nervios, piel y vida a los huesos sobre los que ese hablar suyo se funda" y el psicoanalista a quien le interese curar no debería abandonar la ambición de llegar a los huesos, o al menos a alguno de ellos, para que algo del ser del sujeto haya sido tocado.

Desde un principio, transferencia, vino a designar el encuentro entre médico y paciente, un vínculo específico e inédito en relación al inconsciente, a las formas de tramitar las pulsiones, a la eterna falla y por ende a la repetición.

La situación analítica presta el límite a la selva, en el sentido en el que usa ésta palabra el filósofo Eugenio Trías: selva, como metáfora del inconsciente; grito de lo arcaico, donde el cuerpo, los sonidos, y el gesto emiten significantes de nombre desconocido.

Dice E. Trías que más allá del espacio en el que habitamos y que a la vez nos identifica y nos constituye, estaría "el cerco hermético... que sólo a través de antenas simbólicas puede ser advertido y colonizado... Y siempre de forma precaria, insuficiente... ese cerco hermético se halla muy cerca de lo que Freud llamaba Inconsciente." (Trías, 2004)

Por todo esto querría retomar ahora la noción de vínculo, abandonada hace un tiempo, por el desvío sufrido por éste concepto, quizás a causa de un uso imaginario que se habría hecho de él, recogiendo su sustancia para la sugestión en ocasiones, y desproveyendo su valor de existir. El concepto de vínculo parecería haber sido absorbido con los años por el concepto de transferencia.

La globalización también ha entrado en la teoría y en la práctica psicoanalítica y probablemente ésta última, con ánimo de mantener su especificidad en el quehacer clínico, fue engullendo la noción de vínculo, dentro de lo imaginario de la transferencia.

Vínculo es una noción que surge fuera de la experiencia analítica aunque en la actualidad sea ineludible reconocer su existencia. No para interpretarlo, sino respetando su registro de no-analizable.

Trabajar con un concepto que podría pensarse como el 5° elemento a sumar a los 4 fundamentales que en su día escribe Lacan: inconsciente, transferencia, repetición, pulsión; sabiendo que discurre más allá de lo enunciable, puede ser una herramienta rentable para negociar la economía de la pulsión.

Algunos autores han hablado del "*coup fou-dre*", del flechazo que se produce en algunos encuentros con el paciente, justamente porque son los atractivos, los hechizos, que en el juego del análisis fundan los cimientos de una historia entre esas dos presencias hablantes.

Voy a citar brevemente el libro de una psicoanalista francesa, R. Zygouris, para subrayar lo que ella recupera del vínculo.

Con el interés por volver a pensar lo no-verbal (y no digo lo pre-verbal) y su tejido en la transferencia Radmila Zygouris, publicó el año pasado en Brasil: "O vínculo inédito".

Primero diferencia la transferencia vertical de la transferencia horizontal.

Diciendo que "la transferencia que se evoca mas frecuentemente es la transferencia vertical... El analista es amado justamente en función de un saber supuesto. Pero el saber que se le supone es un saber respecto de una única cosa: algo sobre el inconsciente de su analizante. Sólo esto. Y es justamente de eso de lo que él nada sabe. Si no especificamos que se trata del inconsciente, continuaríamos en el campo de la medicina, ya que todo enfermo supone que su médico sabe algo sobre su cuerpo enfermo... y en principio, así debería ser. Para el analizante, se trata de una ilusión".



La transferencia horizontal, por su parte, es menos desigual, pero conserva la diferencia y continúa siendo asimétrica. Zygouris agrega que hay una interdependencia psíquica que estaría en el meollo del proceso analítico al tener en cuenta que entre dos seres humanos, sea cual fuere la relación oficial entre ellos, acontecen una serie de cosas que escapan al control de los protagonistas, aunque el analista cumpla con la regla de abstinencia y no las manifieste. Recordemos que lo que pertenece al campo de lo lúdico no admite una relación de pura verticalidad.

Próxima a ésta transferencia horizontal encontraríamos la noción de vínculo, sin que ambas nociones sean asimilables.

“Forma, sustancia y diferencia” es un artículo en el que el antropólogo Gregory Bateson, comenta la fórmula del semántico Korzybski: “el mapa no es el territorio”. Para la realización de un mapa es imprescindible reflejar en él las diferencias respecto del territorio: clima, altitud, suelo, etc.

Una diferencia es una abstracción que no pertenece ni al mapa ni al territorio, ocupa un lugar tercero, que será la condición para pasar de uno a otro.

La relación que se establece entre analista y paciente está fuera de los mapas y sólo podríamos decir que forma parte del territorio en tanto esa relación discurre en un marco, el de la práctica clínica, sujeta a unas leyes que imponen un corte y una relación singular en cada caso con el saber del otro.

El mapa del que nos servimos los analistas describe un territorio que nos incluye.

Nuestro método nos incita a invocar al lenguaje pero quienes dan soporte a las palabras son dos cuerpos en presencia.

El analista presta su presencia para la narración de una historia única que sólo puede transcurrir en la escena analítica, que posibilita que en la intimidad de ese acto, se produzca

la experiencia de un psicoanalista con una persona.

El territorio como espacio en el que se hace el vínculo, está poblado por infinidad de posibilidades, de las que sólo unas pocas, pueden ser aisladas por los conceptos teóricos.

“El tejido del vínculo es lo real entre dos organismos humanos... Lo que hace vínculo entre dos humanos son los cimientos, los atractivos de una presencia. Atractivos de una singularidad nunca generalizables... El vínculo no pertenece al mapa sino al territorio. El vínculo se vive.” (Zygouris, 2004)

Si se produce, ha habido encuentro y éste encuentro escapa a todo tipo de promesas.

Si años atrás se decía que todo principio de un análisis contenía “una promesa de separación”, está claro que el vínculo excede al sentido, a toda ambición de captura por la significación. “Una parte de él puede emerger y volverse analizable, pero la parte de la relación analítica a la que le podemos exigir un final es sólo a la transferencia”.

“El vínculo es el ombligo del acto analítico, así como existe el ombligo del sueño. No es analizable... Al fin de cuentas el análisis se apoya en lo no analizable, en caso contrario no pasaría de ser un trabajo de laboratorio donde los pacientes serían cobayas y los analistas maestros de ceremonias”. (Zygouris, 2004)

Gracias al artificio de la situación analítica, gracias al “como si” del juego, se instala un vínculo, un “Más allá” de las palabras que no debería ser reducido al concepto de transferencia. Lo no analizable del vínculo es el campo de lo no-verbal, del contacto, de lo sensible, siempre presente en el estar con el otro, es como una voz que habita en el silencio.

Volvamos a ahora a la cuestión del malestar de hoy.

Éste lado de lo no-verbal lo considero de particular interés para ser recordado, en un



momento en que el poder de la imagen y las tecnociencias lanzan sobre el sujeto una identidad que se le supone.

En que los discursos, al igual que la comida, están pre-cocinados por otros para asegurarse de que lo que se dice es políticamente correcto, y el poder de los medios nos proponen “identidades pre-formateadas” donde la finitud es negada, mientras que el sujeto se queja de que “no llega”, de que no tiene tiempo para detenerse y pensarse, mientras tanto sigue corriendo.

Cada época exige re-pensar el dispositivo del que disponemos.

El antagonismo entre cultura y vida pulsional ya es tratado por primera vez por Freud en 1908. Antes que él, otros estudiosos habían abordado éste tema. En 1895 era Von Krafft-Ebing, citado por el mismo Freud, el que escribía: “El modo de vida de innumerables hombres de cultura presenta hoy una multitud de aspectos antihigiénicos, sobrados motivos para que la nerviosidad se cebase fatalmente en ellos, pues esos factores dañinos actúan primero y las más de las veces sobre el cerebro... y todo ello a expensas del sistema nervioso.” (Freud, *La moral sexual y la nerviosidad moderna...* 1908)

En 1929/30, Lorca recorría Times Square solo y errante evocando su infancia y decía que la poesía le permitía huir “del inmenso ejército de ventanas donde ni una sola persona tiene tiempo de mirar una nube” o de “dialogar con una de esas delicadas brisas que tercamente envía el mar sin tener jamás una respuesta”. (Lorca, Conferencias)

Lejos de afirmar que “cualquier tiempo pasado fue mejor...” se trataría de aceptar que así como pensamos al sujeto en singular, en cada momento social convergen con éxito y con torpeza las singularidades de su arquitectura, las aristas de sus muertos y el ritmo de sus vivos, esclavos de una angustia vacía que se cuelga cotidianamente de un Yo molesto por el malestar.

Paul Virilio, buscador y centinela de los peligros de la técnica y de la democracia virtual, ha hecho suya una frase de Balzac: “La vida sólo está en los márgenes”. Advierte del progreso del estrago de la información en la red. Por un lado nos encaminamos a una humanidad unida y por el otro a “una humanidad reducida a la uniformidad”. La noción de velocidad puede devenir amenaza tiránica ya que no se puede separar de la riqueza ni del poder. Agrega “Lo propio del hombre es resistir”.

Esto me hace preguntarme en cómo resistir a éste “deprisa, deprisa” en la clínica actual, sabiéndonos “en los márgenes”.

Por un lado, “blanquear” nuestro quehacer y cuestionar el Ideal del analista, confrontado con la dificultad de convivir con lo que no sabe. Curiosa paradoja la de esa función analítica que es convocada por el saber que se le supone. Por el otro recoger ésta dimensión histórica de la pulsión que hoy cobra la forma de rellenar los vacíos porque se da por hecho que caeríamos en su interior. Y por otro cómo convivir con el peligro recordando la fábula de Sade: la destrucción abre la puerta a una nueva construcción.

Algunos de los sujetos que llegan a nuestras consultas, no son tan frágiles aunque lo parezcan, no carecen de metáfora aunque lo parezcan, de lo que carecen es de discurso. Hay que enseñarles a hablar del otro lado del “cerco hermético” que guardan con celo ortopédico porque desconocen la dimensión olvidada del inconsciente.

VOLVER SOBRE LO SINGULAR DE LA INTERPRETACIÓN es retomar algo obvio en tanto se supone que toda interpretación es singular; sin embargo nuestro oficio no es ajeno a los cambios políticos, económicos, ni al estilo globalizante que nos anudan como el síntoma, al paciente.

Revisitar la transferencia y la interpretación compromete a una posición ética del analista introducida por Freud en 1929 en *El malestar en la cultura*.



Sabemos que lo que Lacan llamaba el sujeto supuesto saber, es responsable de los efectos imaginarios de la transferencia, de la constitución del síntoma como analítico y del inconsciente como interpretable, pero también sabemos que el S.s.S, está soportado por un analista que habita una cultura y su malestar: momento de descreimiento y de dificultad para adjudicarle un saber al otro.

Etapas de decepción, también entre los analistas respecto a las limitaciones de nuestro dispositivo y etapas de borramiento de las diferencias. Tiempo en que la familia tradicional desfallece, y donde el poder, la preocupación por el tener y la velocidad, aísla y separa. Esto no sólo forma parte del paisaje que nos rodea, sino que además se ha metido en nuestras consultas.

Con la palabra interpretación nombramos la intervención del analista que tiende a hacer surgir un sentido nuevo en el coagulado discurso del paciente. A su vez: “El intérprete es el analizante” como afirma Lacan en el seminario XIX de ahí la palabra analizante. Luego en la interpretación hay una búsqueda y si hay búsqueda se abre el campo de la creación.

La teoría freudiana, particularmente en este sentido no es evolucionista, es creacionista porque en el campo de la palabra, el deseo mismo se presenta como creación. El deseo inconsciente es el responsable de la novedad del sujeto, por “ser una falta articulada en la palabra” (Chemama, 2004) tiene la potencia de introducir algo nuevo que antes no existía.

El sujeto actual llega como si hubiese sido eyectado de sí mismo por una geometría angustiada que no puede ser condescendiente con la escucha desde un saber fragmentario. El saber fragmentario es sordo. Nosotros, los analistas también habitamos ese pueblo geométrico, aunque estemos alojados en la periferia, en los márgenes.

Pero asumirnos como fragmento del texto de nuestra propia vida no es igual a identificarnos con un saber fragmentario.

No es el momento de despreciar recursos sino de ponerlos en marcha dentro de nuestro dispositivo y sin apartarnos del rigor que la teoría, en su función de Ley nos requiere.

La primera tarea por abordar sin perder el norte de dirigir la cura será que la queja pueda devenir historización, facilitar la creación de un vínculo que permita el surgimiento de ese sujeto eclipsado por una concepción del hombre, más próxima a tratarlo como objeto de consumo, que como sujeto del inconsciente.

El campo de lo inconsciente entraña una Spaltung, una división. Una división es siempre una dificultad.

La dificultad de nuestro trabajo consiste justamente en violentar el llamado de la muerte que atenaza al sujeto. Ese vacío del Das Ding, de la Cosa. Ese vacío que el psicoanálisis no puede permitirse rodear como lo hace la religión. El espíritu freudiano ajeno a la resignación, nos lanza hacia la búsqueda de ese lugar imposible y a no desfallecer en el intento de aproximarnos a lo que en términos lorquianos sería: el corazón del sueño.

Si la experiencia humana la debemos pensar desde la articulación significante, presente desde el inicio de la vida, dentro de ese campo estructurado del inconsciente hay siempre un vacío que escapa a dicha articulación.

El ser psíquico del que nos habla Freud no es, se va construyendo, transita sus fantasías y escribe su propio guión. Las producciones del inconsciente, verdaderas creaciones como la transferencia, vienen a testimoniar que bajo la modalidad del hallazgo o del fracaso, lo inconsciente tiene una estructura de discontinuidad, de brecha que se cierra y se bate en una temporalidad en la que el objeto del deseo se fuga en un instante.

Ahora bien, el Amo de lo inmediato insiste hoy en presentarse entero. Se duele, pero rehúsa su responsabilidad en el dolor. En éste sentido podríamos decir que la pulsión, hoy, “hace su agosto”, ya que en el discurso social no sólo se



entroniza el goce, sino que el imperativo actual pareciera ser prohibir el no-goce:

- Hay que ser feliz, entero e inmortal.
- Responder al despotismo de la imagen: ocultar el envejecimiento.
- No pensar demasiado... y si es indispensable, que sea lo justo para que no se diga "que no estamos al día".
- Y por encima de todo "no hay que equivocarse", y si ocurre que no se vea el fallo, "no hay que comerse la cabeza y hay que olvidar"... etc.

Funcionar como sostén de la transferencia dejándose "habitar por las transferencias del analizante y que ellas vayan saturando el vínculo" (Korman, 1996), es parte fundamental de nuestra práctica.

Prestarse al juego del análisis es también prestarse al juego de las pulsiones. Pero no hay juego sin reconocimiento de la diferencia, perderíamos el "como si" que permite entender el famoso enunciado de Korzybski: "el mapa no es el territorio."

Lo que debemos descifrar es el acto de creación del paciente en que somos tomados como objeto de transferencia sin enunciarlo para salirnos luego del lugar atribuido. Esperarlo allí donde nunca hemos estado.

La presencia del analista y su palabra dan soporte imaginario, una plataforma que autoriza perderse en la fantasía, para que el paciente pueda construir con sorpresa el lazo que lo liga al otro y que sin él no re-escribe la historia que lo sitúa en su stirpe. Historia actual que acoge la leyenda del pasado y hace de tejido vinculante para acoger a la transferencia como acontecimiento.

Esta estrategia del analista, descifrar sin enunciar, dejarse capturar en un lugar que permita el despliegue fantasmático, exige la castración en la función analítica, sabernos soporte de una figurabilidad a la que nos han convocado tanto desde el amor como desde la repetición con el obligado tropiezo de la resistencia, siempre entrecruzados en la transferencia, (discurrir entre la

metáfora y la metonimia, ya que mientras el amor funciona como metáfora, el deseo funciona como metonimia). Ésta ficción ejemplar que permite la puesta en escena de la situación analítica hace posible la construcción mítica sobre el origen. Instantes que marcan y gestan la historia relativa a la identidad del sujeto. Y sólo así es posible para el paciente apropiarse de su leyenda.

PSICOTERAPIA Y PSICOANÁLISIS

Antes de Freud ya se sabía que ocasionalmente, hablar podía curar. La medicina y la religión sabían antes de insertarse en el discurso de la ciencia y del alivio de la confesión, que existía una relación entre el mal y la palabra. Hasta la palabra "somatizar" denuncia que cuando falta la palabra, habla el cuerpo.

Entre psicoterapia psicoanalítica y psicoanálisis hay una relación y una oposición lógica. Una zona de intersección marcada ya por la conjunción "y". La "y" une y separa.

El primer punto de cruce estaría en que ambas proceden por la palabra, ponen en función las propiedades elementales de la intersubjetividad. En principio, se trataría entonces de dos tiempos distintos: la primera se circunscribiría al tiempo del sentido y el segundo al tiempo del sonido en el que la palabra y su música convergen abriendo sentido.

El proceso psicoterapéutico conseguiría una disminución del dolor, un alivio sintomático, puesto que dar sentido a la angustia permite domarla, ya que no es lo mismo padecer el miedo que el miedo del miedo.

El proceso psicoanalítico en cambio implicaría una transformación de la posición subjetiva con respecto a la castración, el fantasma, el deseo y el goce. Como dice Lacan en el seminario XI: "No basta, ciertamente, con decir que el inconsciente es un concepto dinámico, pues con ello sólo se sustituye un misterio particular por un misterio más corriente." (1987) No en vano Freud va detrás, del fallo, del tropiezo,



del hallazgo de la hiancia kantiana que rebasa al sujeto en su centro más desconocido.

Si tuviera que definir el “viaje analítico” lo haría diciendo: de la verdad al deseo pasando por la mentira; sin que esto excluya la ilusión por encontrar una verdad liberadora, pero sabiendo que el deseo ocupa el lugar de una función tercera en torno a la que pivota el discurrir de la economía psíquica y que todo análisis pasa en su desarrollo por un tiempo terapéutico.

Los momentos en los que se va disolviendo la consistencia imaginaria del Yo y el poder narcicista comienza a diluirse, son buena prueba de ello.

El momento del tiempo analítico se caracterizaría por una apertura del inconsciente que precipitaría una re-actualización del pasado, una re-significación del presente, y un reordenamiento de los baluartes del yo.

La posición del analista frente al conflicto estaría próxima a la de un obrero del tiempo, *deconstrucción* y *construcción*, a la de un negociador de la pulsión. Por éste motivo el trabajo analítico puede durar unos meses, un año, varios años... Llegará hasta donde el paciente quiera llegar. No todas las bellezas tienen raíz, ni todas las capas del “tu tienes la culpa” conviene descolgarlas de los hombros de ciertos sujetos.

Segundo punto de cruce: el amor de transferencia.

El amor siempre tiene un destinatario, por amor el sujeto está dispuesto a invertir el proceso transitando la historia, y comprendiendo retroactivamente. Pero con la afirmación: “Wo Es war, soll Ich werden” Freud sitúa en un solo movimiento la especificidad del discurso analítico y la posición del analista. Viene a decir que el discurso del psicoanálisis no es un programa epistemológico sino una exigencia ética que debe llevar al sujeto a colocarse en otro lugar en su propio discurso. Viene a decir “que el efecto del hombre sobre el hombre no es técnico sino discursivo”. (C. Vigano)

Luego no se trataría de una oposición entre psicoterapia y psicoanálisis sino de una dificultad lógica intrínseca que opondría la posición de la

escucha en uno y otro, junto con la inexorable entrada de una y otra palabra en un problema político, su servidumbre al Estado y a la lógica del poder.

La técnica, el programa, el domeñar el sentido, implica una posición que resumiría así: el saber tiene la razón porque dice la verdad. De aquí solo un paso a la transferencia imaginaria en una relación de dominación ejercida por la imagen del otro sobre el yo del sujeto.

Nuevo punto de cruce. El analista en lugar de Amo. En éste sentido, en el de la sugestión el psicoanálisis es una psicoterapia, es decir terapia por identificación. Luego el problema nuevamente cae del lado del analista: llevar al sujeto a corto circuitar la identificación y abrir el camino al deseo. Ya que “Lo que es terapéutico en la operación analítica es el deseo... Contra la angustia, es el remedio más seguro”. (Miller).

Ahora bien, la posición del analista es la que rechaza el lugar de Amo, el que rehusa el poder de la transferencia para ponerlo en su sitio: el poder de transformación creadora del paciente a partir de las mismas palabras con las que se ha constituido.

El amor especular entre saber y verdad se fractura a partir de Freud. Va más allá del concepto de modelo, de la valoración del uso de una técnica.

Freud ya sabía que el amor entre saber y verdad, no era cosa de 2, sino un asunto de 3. La palabra “inconsciente”, es el lugar del 3º que viene a introducir que la verdad se resiste al saber y que cuando se dice se dice a medias. Porque la verdad del inconsciente no entiende de manuales, ni de una ideología de la prevención, ya que si apuesta por un ser sujetado al lenguaje, ese es un ser sintomático.

Estoy diciendo con esto que cualquiera que sea el nombre con que un consultante bautiza a lo que hace en una sesión: entrevista, terapia, análisis, clase, psicoterapia... será la posición que opera en la escucha la que marque el destino de ese encuentro.



Cuando yo digo: “soy psicoterapeuta”, digo una verdad, pero una verdad de diccionario, psicoterapia: “método de tratamiento de los desórdenes psíquicos o corporales que utilice medios psicológicos, y de manera más precisa, la relación del terapeuta con el enfermo...en éste sentido el psicoanálisis es una forma de psicoterapia”. (Laplanche–Pontalis, 1977) Es decir es definido como “un método psicoterapéutico”.

Pero ésta no es toda mi verdad, pues mi posición en la escucha tiene como norte la causalidad psíquica y averiguar cómo operar sobre ella. Cuando mi deseo de ser analista es más poderoso que el deseo de ser el Amo, cuando me pregunto junto con Lorca: “¿Dónde está el duende?”... es porque lo enigmático del deseo me ha ganado la partida.



BIBLIOGRAFÍA

- J. Allouch: *Revisitando el estadio del espejo* en “El sexo del Amo”.
- J. Alemán–S. Larriera: *Filosofía del límite e inconsciente. Conversación con Eugenio Trias*. Editorial Síntesis. 2004.
- G. Bateson: *Forma, sustancia y diferencia* trabajo publicado en su libro, “Pasos hacia una ecología de la mente”. Ediciones LOHLE–LUMEN, 1998.
- J. Dor: *Estructuras clínicas y psicoanálisis*. Amorrortu Editores, 1991.
- S. Freud: *El porvenir de una ilusión*. (1927). Amorrortu Editores, 1996.
- S. Freud: *El malestar en la cultura*. (1929/30). Amorrortu Editores, 1996.
- S. Freud: *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*. (1908). Amorrortu Editores, 1996.
- R. Chemama y B. Vanderersch: *Diccionario del Psicoanálisis*. Amorrortu Editores. 2004.
- García Lorca: *Conferencias. Obras Completas*. Tomo III. Edición de Miguel García Posada. Galaxia Gutemberg–Círculo de lectores. 1997.
- J. Lacan: *Seminario VII. La ética del psicoanálisis*. Editorial Paidós.
- J. Lacan: *Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Editorial Paidós, 1987.
- Laín Entralgo: Prólogo para el “*Diccionario enciclopédico*”. Durbán, Ediciones. 1981.
- Laplanche–Pontalis: *Diccionario de Psicoanálisis*. Editorial Labor. 1977.
- J.A. Miller: *Psicoterapia y psicoanálisis*.
C. Vigano: “La necesidad de la terapia y su límite”, artículos publicados en: *Clínica Psicoanalítica: “Psicoterapia–Psicoanálisis”*. Instituto del Campo Freudiano–Sección Clínica de Madrid.
- G. Pommier: *El amor al revés. Ensayo sobre la transferencia en psicoanálisis*. Amorrortu Editores. 1997.
- M.C. Rodríguez–Rendo: “El revés de la violencia” artículo publicado en la revista del INJUVE.
- M.C. Rodríguez–Rendo: *Lo narrativo y lo mítico en la transferencia analítica*. Conferencia pronunciada en Ápice–Madrid 2002.
- M.C. Rodríguez–Rendo: “Viaje analítico” publicado en el n° 29 de *Diván El Terrible* (2005).
- V. Korman: *El oficio del analista*. Editorial Paidós. 1996.
- P. Virilio: *El cibermundo, la política de lo peor*. Ediciones Cátedra. 1999.
- R. Zygouris: *O vínculo inédito*. Editora Escuta. Colección Ensayos: Psicanálise. Brasil 2003.